

Al son del latido de un corazón común

Una orquesta de árboles

No era el centro ni la orilla de la Ciudad de México, años ochenta, una ciudad ya muy aquejada por problemas viales y de contaminación; y de la que, además, se decía que era la ciudad más poblada del mundo, aún se llamaba Distrito Federal y como el resto del país se encontraba en una gran crisis económica y política vinculada estrechamente con la industria petrolera. Una ciudad rodeada por montañas en la que, desde la azotea de su casa, una niña de siete u ocho años podía ver árboles, muchos, muchísimos; grandes, extraordinarios: esponjosos: palmeras, pirules, hules, jacarandas, truenos, fresnos, hasta una secuoya: todos ahí dispuestos, expectantes en su majestuosidad a los aironazos de principios de año —febrero loco y marzo otro poco, rezaba el refrán—, y a las ensoñaciones de una niña que jugaba a dirigir una orquesta de árboles diligentes, con quienes en su sentir se comunicaba; sensación placentera de comunión, de reciprocidad y correspondencia: baile entre las ramas de esos árboles que se movían al compás del viento y de la más atesorada pertenencia, raigambre, querencia con un entorno que se habita, como se aprende a habitar una lengua, como se construye un refugio, una casa en la montaña de los pensamientos y del sueño.

Lengua que habito

Habitar al son del latido de un corazón común con lo vegetal, animal o mineral con quienes se comparte el aire, el agua, la temperatura, la gravedad, los ciclos celestes, la galaxia, en busca de esa sensación tan poderosa de vínculo con lo que me rodea, como en mi infancia, ha sido una tarea que me importa mucho para este oficio de componer poemas. En un principio era una intuición, vaga y latente; que a medida que he ido reconsiderando y trabajando más en mi propia lengua y decir en los poemas, reconociendo en otras voces, ha ido tomando espesura, aroma, cuerpo, vibración y sabor.

Quizá por ello, las teorías de las consideraciones eco-poéticas me parecen un poco ajenas, incluso artificiales: pronuncio la palabra medioambiente y me causa desconfianza. Creo que algunos de esos conceptos han sido creados en el seno de una lengua imperial que sigue tratando de etiquetar y homogeneizar, para desde el centro de ese lenguaje: conquistar: crear recursos para comerciar.

Considero que la relación poética con la lengua que se habita de una forma más salvaje es altamente conflictiva, cambiante, irónica, paradójica, amorosa, inconstante, en ebullición: inasible e inabarcable como el universo que se expande y se contrae, como el tiempo, como nuestros pensamientos, como la vida; de manera que siempre se escribe desde donde se respira y con todas las conexiones con otros seres con quienes se comparte el aire o el agua. En ese sentido, elijo pensar que todo decir en el poema sitúa con más o menos transparencia su nadir, cenit y coordenadas geográficas, de manera que podemos reconocer con quienes otros seres está respirando: con qué sonidos de qué otros corazones se resuena.

Así que, a eso que la prensa y las palabras de los mercaderes llaman medioambiente, lo llamábamos bosque, tierra, naturaleza, casa, canto, ensueño, el lugar donde vivo, amo, creo y tenía nombres muy diversos de acuerdo con la cultura en que gestaba, desde una perspectiva enriquecedora en la que no se asumía una relación de desigualdad, ni se buscaba el sometimiento del entorno para la acumulación de capitales.

Desde esta complejidad es que para mí la lengua en que habito se enriquece y enriquece mi conflictiva estancia en el mundo, pues en esta gran casa compartida prevalece una fuerza histórica que pretende regir nuestras relaciones considerando que todo tiene un valor económico y monetario. Lo cual es aterrador y paradójico.

Escribir poemas, conversar acerca de los poemas para mí es una forma de prosperidad que va más allá de lo material: lo mismo que ver una enrojecida puesta de sol, o estar presente en un amanecer púrpura, probar nuevos y excitantes sabores, o bailar, tumbarse, reír, observar al gato acechar a los pajarillos que se acercan a la ventana; estar en compañía de seres amados con quienes se entablan discusiones en las que el disenso nos obliga a buscar puntos comunes me parece es una forma de cosechar experiencias luminosas y vívidas que me vinculan y expanden.

Lo aterrador en este mundo es necesitar que todo pase por una transacción económica. Lo paradójico es que no puedo abstraerme de participar en una economía mundial y tener que cubrir algunos asuntos de la existencia material con trabajo y dinero. Lo esperanzador es que siga habiendo poemas y más aún, poemas en los que me gusta habitar que cuestionan esas relaciones económicas, desde diversas estrategias reflexivas, irónicas, juguetonas y sobre todo desde novedosas formas compasivas que regresan a casa

con lo vegetal, lo mineral, lo animal y lo salvaje en forma de rezos, plegarias, loas, retahílas, cantos o chanzas.

Lo aterrador y paradójico es que puedo intuir que las elecciones que como humanidad han tomado algunos grupos o personas o estados con más poder que otros, nos pueden llevar a un punto en el que, lo que se llaman recursos naturales y medioambientales se han agotado, destruido o explotado de tal manera que estamos en un punto de no retorno. Y justo en esas coordenadas es donde la poesía y la comunión poética me cobijan con esperanza sin optimismo; en la que desde las lenguas habitadas por seres con quienes comparto el aire y el agua de este planeta coinciden en anhelar y elegir otra forma de enlazarnos, de buscar desde sus propios saberes algunas maneras de revertir este desastre, de compartir. Como cuando de niña subía a la azotea a ensoñar que dirigía una orquesta de árboles que bailaban ajenos a la crisis económica y política vinculada con el petróleo y el aire no dejaba de despeinarnos al son del latido de un corazón común.